

II. ANTECEDENTES

2.1. ANTECEDENTES REMOTOS

El fenómeno del desempleo es reciente. Desde la antigüedad hasta la revolución industrial, la relación existente entre el esclavo o el siervo y el señor, no contemplaba una situación como la existente en la actualidad con respecto a la relación patrono-empleador, ya que las condiciones socioeconómicas de la época eran totalmente distintas. No es sino hasta la aparición de la sociedad industrial que los términos de empleo y desempleo comienzan a considerarse como un verdadero problema, al ser enmarcados en el mercado laboral de la oferta y la demanda. No obstante, hasta finales del siglo XIX, el fenómeno del paro aparece encubierto por el problema de la pobreza.

En sus "*Principios de Economía Política*" (1848), J. Stuart Mill es uno de los primeros en exponer un conjunto de ideas económicas que, aunque respetuosas de la forma de producción y de propiedad capitalista, abogan por el fortalecimiento de una forma socialista de distribución de la riqueza y de una participación más igualitaria en los bienes de la sociedad, impulsada por el Estado. (Bermundo, J., 1983: 223-227).

Marx introduce en *El Capital* un concepto muy importante, apoyado sobre ideal humanista: la **plusvalía**; la cual define como el robo inevitable en el mercado libre del trabajo, a lo que se une la alienación de la división del trabajo, o *teoría de la fetichización*, que Marx estudió también en escritos anteriores y que consideraba como inherente al capitalismo. (Ibíd.: 50-58).

La tesis central de Marx, se basa en el hecho de que, al producir, el obrero transforma su trabajo en mercancía para el patrón, con lo cual él mismo crea su propia miseria. De modo que, en la producción capitalista, el trabajo, lejos de ser el medio de realización de la esencia

humana (idea hegeliana), constituye la pérdida y la alienación de dicha esencia. En efecto, según Marx, *“el obrero es más pobre cuanto más riqueza produce, cuanto más crece su producción en potencia y volumen... La desvalorización del mundo humano crece en razón directa de la valorización del mundo de las cosas”*. (Ibid., p. 51).

Esto trae como resultado la inevitable sumisión del hombre al proceso productivo, el cual queda reducido a simple *“fuerza de trabajo”* abstracta, sometida a las oscilaciones del mercado, que el patrón compra y usa a su conveniencia, a cambio de un salario que equivale al valor de su reproducción y que es siempre decreciente.

Marx se inscribe como Hegel en la corriente del **materialismo histórico**. Para Marx, el hombre es tal porque mantiene una relación de trabajo con la naturaleza, en la que simultáneamente transforma a ésta y se transforma a sí mismo. El hombre necesita satisfacer sus necesidades vitales, por ello, su primera actividad estará encaminada a la producción de medios para su subsistencia, es decir, a la producción de la vida material. Esta necesidad es constante y requiere de una acción continuada, histórica, en la que el hombre es el resultado. Además, las necesidades del hombre se reproducen ampliamente. Su historia consiste en una lucha constante por satisfacerlas, y ésta siempre tiene lugar en un medio social. (Ibid., p. 54).

De esto último se deriva la **división del trabajo**, sobre la que Marx apoya el resto de su teoría, determinada por la relación del hombre con la propiedad de los medios de producción y cuya forma primigenia se encuentra en la organización familiar. (Ibid., p. 42).

No es sino hasta 1909 que Beveridge publica, un importante estudio sobre el desempleo, titulado *“Desempleo: Un problema de industria”*. En él, el autor se aparta de la idea imperante durante el siglo XIX, de que la pobreza era responsabilidad única de los trabajadores, sosteniendo lo siguiente: *“la investigación debe ser esencialmente de tipo económico. Es desde esta perspectiva que el problema debe ser estudiado y no desde el punto de vista de la Ley de Pobreza o de la administración de beneficencia, sino desde la*

industria”; aclarando que el problema del desempleo, sólo debía afectar a las personas ancianas, flojas o discapacitados (“*personas especiales*”). (Komine, 2001: 144-147).

Otro de sus principales aportes, fue el de su clasificación de las causas económicas responsables del desempleo, que indica como las siguientes:

- Las fluctuaciones de la actividad industrial, se describen hasta dos tipos: estacionales y cíclicas, las cuales permiten prever las condiciones del mercado de trabajo. Las de tipo estacionales repercutirían, en todo caso, sobre los salarios y no sobre el desempleo; y, para las de tipo cíclicas, existirían tres teorías que explicarían las buenas o malas condiciones de negociación laboral. En primer lugar, el volumen del “*metal en circulación*” (es decir, la moneda), que afecta el aumento o la caída de los precios; luego, la teoría de la “*sobre-producción*” y, por último, la teoría del “*bajo consumo*”, antes mencionada y expuesta por J. A. Hobson, en 1902.
- La reserva existente dentro de la oferta de trabajo: Existe una tasa irreducible de desempleo, la cual responde a un manejo estancado e ineficiente de la demanda de mano de obra en mercados laborales separados y mal ajustados a la oferta.
- Los cambios de la estructura industrial: Relacionados con el desarrollo de las ciudades industriales modernas. El inevitable reemplazo de las antiguas máquinas por nuevas tecnologías y el establecimiento de procesos más productivos, daría como resultado un aumento del número de desempleados, pues quedarían excluidos aquellos trabajadores incapaces de adaptarse a esas nuevas condiciones de trabajo e ignorantes de los mecanismos y capacidades requeridas. (Ibid.: 51-58).

2.2. ANTECEDENTES RECIENTES

En 1938, Eisenberg y Lazerfeld, describían los efectos que producía en las personas la pérdida del empleo. Consideraban que, después del choque producido por el despido o la exclusión de su actividad laboral, seguía una actitud optimista, de búsqueda de un nuevo empleo. Al no conseguirlo, las personas volvían a caer en el pesimismo, sufrían de ansiedad y más tarde dejaban de buscar trabajo, los invadía la desesperanza y la culpabilidad; se sentían rechazados, avergonzados, aislándose del grupo social. (En Álvaro, 1989: 25).

Jeremy Rifkin aporta una visión alarmante, al afirmar que las nuevas tecnologías en computación y comunicación acabarán por menguar los puestos de trabajo. Hipótesis ésta que Rifkin ilustra a través de la experiencia de desempleo vivida para la época en que fue publicada la obra *El fin del Trabajo* (1995), por más de 800 millones de personas en el mundo, y que, según el autor, constituye un estado provisorio de un proceso con alcances perniciosos y de mayor magnitud. Rifkin concluye estableciendo la existencia de un estado de desocupación creciente que desembocará en la pronta, y quizás definitiva, destrucción de millones de puestos de trabajo. Igualmente ofrece datos que demuestran cómo, desde 1930 y a lo largo de todo el siglo XX, la jornada de trabajo se ha reducido progresivamente; no tanto por la presión ejercida por parte de los sindicatos de trabajadores, sino más bien para compensar los enormes beneficios de productividad.

Starrin, B. y cols., realizaron un estudio titulado en el que, desde una perspectiva histórica, pretenden explicar la estrecha relación existente entre los efectos psicológicos y sociales del desempleo con la llamada "crisis del sistema de producción capitalista". En él, asumen que el sistema social es, en su conjunto, continuo y no contradictorio, y que sólo se ve afectado en ocasiones, por fuerzas externas. El desempleo es considerado como un efecto inmediato de perturbaciones en el sistema de producción, las cuales se traducen en una

disminución de la demanda de mano de obra, repercutiendo a su vez en la economía, al contraer los mercados. (1987: 1).

Esta investigación se centra en el examen de dos tesis de Marx, un tanto ignoradas, pero que resultan bastante significativas para el desarrollo de los estudios sobre el desempleo. Starrin y cols., las agrupan bajo el nombre de "*la paradoja del desempleo y la intensificación de la labor*". Dichas tesis están contenidas en el capítulo titulado "*Ley General de la Acumulación del Capital*". Allí Marx expone los efectos del crecimiento del capital en las vidas de las clases obreras, y considera la relación existente entre desempleo, sobreocupación e intensidad del trabajo. (Ibid.).

Para Marx, la producción capitalista requiere de una reserva de mano de obra industrial; y, el capital se incrementa, en la medida en que el número de trabajadores empleados permanece constante o, inclusive, decrece. Dicho incremento, tiene que ver, en todo caso, con el aumento de la actividad laboral y no con que se haya empleado un gran número de trabajadores. Al mismo tiempo que la producción se desarrolla en extensión y efectividad, la oferta de trabajo decrece. Esta situación conduce a Marx a formular lo que los autores de la investigación en cuestión denominan "*la paradoja del desempleo*". (Ibid.: 2).

Según este planteamiento, la sobreocupación de la parte empleada de la clase trabajadora inflaría los rangos de la reserva de mano de obra no ocupada, al mismo tiempo que incrementaría la presión y la competición entre los miembros de la reserva y los trabajadores, incentivando la sobreocupación. De esta manera, los individuos pasarían a integrar por completo la relación dictatorial del capital. En efecto, la parte empleada de la clase trabajadora se encontraría presionada por la parte desocupada y se vería obligada a suplantar el tiempo libre por la sobreocupación y viceversa. Esta situación resulta provechosa para el capitalismo, el cual se ve beneficiado con el crecimiento de la reserva industrial; mientras que, los desempleados se ven obligados a vivir de la caridad. (Ibid.: 3).

Lo anterior constituye el fundamento de la evaluación de segunda tesis marxista: "*la intensificación de la labor*", con la cual, se pretende demostrar la relación existente entre desempleo y sobreocupación. En la medida en que se incrementa el desempleo, aumentan también las horas de trabajo extra. Esto se debe a que, bajo ciertas condiciones, existe un interés directo, por parte del dueño del capital, de extraer de un reducido grupo de trabajadores, una suma importante de trabajo. De allí la paradójica situación de que el desempleo no signifique escasez de trabajo. (Ibid.:4).

En efecto, según Starrin y cols., con el aumento del desempleo, se verifica también un incremento de la competencia por los puestos de trabajo, lo cual origina una serie de conflictos en el mercado laboral. Los asalariados compiten entre sí por los puestos vacantes; y, los no asalariados ejercen presión sobre la masa empleada, que se ve obligada a trabajar más duro, por miedo a quedar excluida. (Ibid.: 6-9).

Estos autores formulan una tesis referida al desempleo y al trabajo extra como fenómenos paralelos, sosteniendo que la teoría de Marx, sobre la paradoja del desempleo, parece verificarse en aquellas industrias que se encuentran expuestas a la competencia internacional y que no están subsidiadas. En este caso, el trabajo extra puede ser más significativo, pues reduce de forma extrema los riesgos económicos. (Ibid.: 9).

Sin embargo, se subraya que, la relación entre desempleo, trabajo extra e intensidad laboral, resulta más compleja de lo que parece; y que por ello, la investigación, no logró, por ejemplo tomar cuenta las variaciones espaciales existentes entre el desempleo y el trabajo extra. (Ibid.: 10). Según la investigación en cuestión, pareciera que la amenaza del desempleo tuviese un efecto disciplinario sobre los trabajadores. El miedo al desempleo ocasiona la necesidad de trabajar más duro y de exigir menos, deteriorando así las condiciones laborales. Al mismo tiempo, el poder de los sindicatos se ve reducido. Esto resulta más obvio en las

compañías que evaden las normas relativas a la contaminación ambiental, impuestos, seguridad laboral, entre otras, durante periodos de alto índice de desempleo. (Ibíd.: 10-12).

Por último, se destaca la importancia de las tesis marxistas para la discusión sobre los efectos del desempleo en la salud; en particular, para aquellos estudios que muestran la conexión existente entre el índice de desempleo y la mortalidad causada por cierto tipo de enfermedades y que pueden originarse o agravarse como consecuencia de el mismo; tal es el caso de las enfermedades cardiovasculares. El artículo hace referencia a los diversos puntos de vista que han sido expuestos sobre este particular, asumiendo que la conexión entre salud y desempleo se puede explicar por el aislamiento o por factores bastante complejos. (Ibíd.).

Eyer (1977), considera que, en la medida en que el desempleo aumenta, existe un quiebre en la comunidad local, que se traduce en un cambio inmediato de las condiciones de trabajo y las relaciones laborales. El desempleo produce consecuencias que son visibles, en primer lugar, en el lugar del trabajo, al debilitar la posición del trabajador y fortalecer la del capital. Para demostrarlo, ofrece ejemplos de la industria textilera norteamericana, durante los años 1945-1975, los cuales demuestran cómo el más alto nivel alcanzado en cuanto a tiempo extra invertido en el trabajo, coincide con el más alto índice de mortalidad. (En Starrin y cols., 1987: 12-15).

Brenner, trabajó en varias oportunidades, sobre la hipótesis de que las crisis económicas tenían efectos notables en la salud de numerosas poblaciones. Aplicando diferentes técnicas estadísticas, correlacionó datos económicos de décadas anteriores con índices sanitarios; y halló que, tanto en Estados Unidos como en el Reino Unido, existían correlaciones muy claras entre el funcionamiento económico y ciertos cambios en los índices de mortandad general, sobre todo por causa de problemas cardiovasculares, aumento en el consumo de alcohol y altos índices de cirrosis, suicidio, homicidio e ingresos en hospitales psiquiátricos. En sus investigaciones, Brenner afirma que puede hacer uso de su metodología

como instrumento de predicción y asegura que en aquellas sociedades que sufran aumentos de un millón en su índice de desocupación en un espacio de cinco años, se presentarán 50.000 muertes más debidas a enfermedades generales, 167.000 muertes por causas cardiovasculares y 63.000 nuevos ingresos adicionales en hospitales psiquiátricos. El autor aclara que dichas cifras se refieren a la población en general, pues las condiciones socio-económicas no afectan de manera exclusiva a los que se encuentran desempleados. (1973: 24; 1979: 672).

Posteriormente, en un trabajo realizado con Starrin, ambos autores establecen que, desde un punto de vista individual y privado, el desempleo es un problema que conlleva un aumentado riesgo de tensión psicológica y fisiológica; y, desde un punto de vista público, se trata de un problema que conlleva una tensión social y unos índices de mortandad en aumento. (1988: 125-140).

En un artículo titulado "*Guisa Job*": *The Experience of Unemployment*", se destaca la importancia que reviste el estudio de las condiciones, por lo general precarias, en las que se desarrolla la vida de los desempleados. Con esta intención, el autor, R. Smith, da cuenta de las experiencias vividas por aquellas personas que han perdido su empleo y de cómo se ve afectada su salud, al quedar enfrentadas a una situación de pobreza repentina. (1985: 1263).

En este sentido, Smith refiere una encuesta oficial, llevada a cabo en 1974, según la cual, sólo una de veinte personas desempleadas, acreedoras del beneficio suplementario otorgado por el gobierno inglés para ayudar a mejorar la calidad de vida, afirmaron estar satisfechas; tratándose, en su mayoría, hombres solteros. El autor afirma que, en realidad, las tres cuartas partes de desempleados con hijos a cargo, no poseían una muda completa de ropa ni un buen abrigo, además de un solo par de zapatos de mala calidad; y que, la mitad de entre ellos, pasaban apuros de dinero mucho antes de que la semana terminase. (Ibid.: 1264).

En cuanto a la dieta, el artículo indica que, en el año anterior a su publicación, más de un tercio de la población desempleada y de sus familias, afirmó saltar una comida del día por

no disponer de recursos suficientes para cubrir su cesta básica de alimentos; y un cuarto de la misma, dijo no tener suficiente dinero para comprar la comida de toda la semana. Así mismo, se ofrecen algunos ejemplos de dietas de personas desempleadas, en las que los problemas de mala alimentación saltan a la vista. (Ibid.).

Sobre consumo de alcohol, se expone una posición debatida. Por un lado, algunos sugieren que éste sea más alto en las personas desempleadas; otros, en cambio, consideran que no. Por último, existen aquellos que no han encontrado una diferencia importante entre el consumo de alcohol de los empleados y de los desempleados. Según Smith, estos resultados contradictorios se deben, en parte, a la debilidad de muchos de los estudios científicos realizados. (Ibid.:1964). Los datos obtenidos al consumo de cigarrillos, en cambio, son menos confusos, ya que todos coinciden en admitir que el nivel del mismo es más alto entre fumadores desempleados que entre fumadores empleados. (Ibid.: 1965).

Sobre el uso de drogas ilícitas, el autor advierte que se trata de un tema álgido y que muy pocos estudios han ahondado dicha relación. (Ibid.). Smith cita uno de ellos, realizado por Plant y cols., sobre una muestra de casi mil adolescentes de la región de Lothian, a quienes se les hizo un seguimiento de cuatro años, desde la escuela hasta su ingreso en el mercado laboral. Con dicho estudio logró demostrar que, el consumo de drogas ilícitas era bastante frecuente entre los desempleados, quienes declararon que el precio de drogas ilícitas, como la heroína, era mucho más económico que el de las drogas lícitas y su uso les hacía olvidar más fácilmente los problemas. (Ibid.).

En 1985, la OMS publica un estudio titulado *Health Policy Implications of Unemployment*. Este libro recopila una colección de diecinueve investigaciones, que siguen más o menos la misma línea de enfoque del artículo de Smith antes mencionado, los cuales indican las consecuencias del desempleo sobre la salud, a nivel individual y colectivo. Esta obra es de gran importancia, pues aporta diferentes puntos de vista de profesionales expertos

de la economía, de la sociología, de la epidemiología, de psiquiatras, de la estadística; así como, de trabajadores de la salud mental y de la actividad laboral de siete países europeos y de los Estados Unidos. En dicha obra se advierte acerca de la influencia del desempleo y de las recesiones económicas sobre la salud mental de los individuos, los cuales son capaces de generar graves desórdenes, incluyendo conductas suicidas; y sobre el impacto psicológico que causa la inestabilidad económica. (Westcott, G. y cols.: 8-409).

Ronald C., y cols., aplican en su estudio "*Unemployment and Health in a Community Sample*", una serie de encuestas en un área del Sur de Michigan con alto nivel de desempleo, durante el otoño de 1984. Dichos Instrumentos, fueron administrados a individuos desempleados en ese momento, a individuos que anteriormente se encontraban desempleados y a individuos con empleos estables. Demostraron que el desempleo repercute en la salud pues origina un sentimiento de depresión y ansiedad, además de ocasionar patologías físicas. Asimismo, verificaron mejorías en el estado de salud de aquellas personas que habían sido reenganchadas. Para la realización de la investigación, se dividió la muestra de desempleados en dos subgrupos: aquellos que fueron despedidos por faltas no imputables a su persona; y aquellos que incurrieron en alguna causa de despido. (1987: 51-59).

La ciudad austriaca de Badén, fue el escenario de una reunión presidida por la OMS en 1987. Allí se evaluó, sobre la base de veintitrés documentos, **el problema del impacto causado sobre la salud por el desempleo, la pobreza y el desarrollo de una vida profesional de calidad mediocre**. El informe de dicha reunión destaca los **efectos que sobre la salud puede ocasionar el desempleo por largo tiempo**; cuya importancia y amplitud están moduladas por distintas variables, entre las que figuran la edad, la situación socio-económica y el bagaje de formación y experiencia profesional, el tiempo durante el cual la persona ha permanecido desocupada en oportunidades anteriores y la frecuencia con que se ha producido la situación de desempleo.

Entre tales efectos se mencionan los siguientes:

- Fuerte sentimiento de desamparo psicológico y síntomas depresivos.
- Modificación del sistema neurohormonal e inmunológico; y, por ende, vulnerabilidad para presentar enfermedades nuevas o a manifestar enfermedades preexistentes.
- Incremento en el uso de los servicios de salud, o considerable disminución del mismo. Esto último se debe también al estado depresivo que se adquiere con la inactividad y que da pie a un sentimiento de impotencia, o a una modificación de la percepción, en la que la noción de control de salud desaparece y la vida del individuo queda determinada por fuerzas ajenas a su voluntad.
- Deterioro de los hábitos saludables y del comportamiento del individuo. Las personas desempleadas están más propensas a abusar del consumo sustancias dañinas, a llevar una mala alimentación, a descuidar los controles necesarios para el descarte de enfermedades y a hacer un mal uso de su tiempo. Los hábitos en las horas de descanso y de sueño también se modifican. Aumenta la tendencia a reaccionar de forma violenta, a irritarse con mayor facilidad y a manifestar otros tipos de emociones negativas.
- El deterioro de la calidad del sistema de apoyo social para los desempleados por largo tiempo, produce efectos negativos en la familia y en la colectividad.
- La falta de ayuda financiera o la merma de los recursos destinados a este fin, provoca un aumento de la pobreza y desmejora la calidad de vida. Si esto repercute en la alimentación o limita el acceso de las personas desempleadas al sistema de salud, se produce una alteración de las facultades personales y el individuo pierde sus habilidades para trabajar.

En segundo lugar, se destacaron **los efectos nocivos que sobre la salud y el bienestar produce el hecho de llevar una vida profesional de calidad mediocre**, los cuales resultaron ser más o menos los mismos que afectaban a las personas desempleadas. Así mismo, se prestó especial atención a **las incidencias en el crecimiento del sector económico “informal”**. En este sentido, numerosos países de la región europea afirmaron asistir a un alarmante aumento de las actividades económicas de este sector y de las dificultades que las mismas conllevan.

En efecto, dada su naturaleza, la reglamentación de dichas actividades implica enormes esfuerzos, pues sólo es posible inscribirlas en las estructuras de apoyo social y familiar, las cuales ofrecen una protección mínima desde el punto de vista de la seguridad laboral. El informe también advierte sobre el amenazante progreso de tareas laborales de calidad mediocre, así como del crecimiento de la marginalidad dentro de los sectores más vulnerables de la comunidad. Indica que el deseo de obtener un empleo puede ser, en ocasiones, tan fuerte, que la reglamentación de la vida profesional deja de ser prioritaria para las instituciones responsables de la misma, comprendidos los gobiernos.

Se señalan además **los efectos negativos ocasionados por la introducción de nuevas tecnologías**, en particular, el referido a la marginalización de algunos trabajadores que se ven enfrentados a un riguroso proceso de selección, basado en el examen de sus competencias y conocimientos. Esto, a su vez, ha originado un número creciente de empleos periféricos, y consecuencias nefastas para la familia. La mayoría de este tipo de trabajos, se ubica en el sector informal, el cual incluye no sólo trabajadores, sino también empresas dedicadas a actividades ilícitas, como las productoras de películas piratas.

En la reunión se destacó la importancia de los resultados obtenidos en los estudios usados como material de trabajo, siendo éstos razón suficiente para que las instituciones de la región, encargadas del problema, se ocupasen de la vigilancia permanente de los efectos del desempleo sobre la salud, así como de otras consecuencias de la recesión o del desarrollo

económico, y de la cuestión relativa a la modificación de la actividad profesional. Se recomienda, que la vigilancia se dirija, no sólo a observar los grupos de individuos afectados directamente, sino que se considere además a las familias y a la colectividad en general.

Uno de los documentos de trabajo considerados en la reunión, fue el de J. Briggs y cols., titulado "*The effects of the recession upon the lives and health of the people in two underprivileged areas of Oldham: a cross sectional análisis*", cuyo objetivo fundamental consistió en determinar los efectos de la recesión económica en la vida de la gente ordinaria; y, especialmente, sobre aquellos aspectos de la cotidianidad capaces de afectar la salud.

Dicho trabajo fue concebido y planificado por una persona desempleada asociada al Centro de Información y de Recursos de Oldham, comunidad inglesa ubicada en al noroeste de Manchester; y realizado a través de entrevistas administradas por desempleados a una muestra de personas escogida al azar, a la que se aplicó un cuestionario que incluía preguntas relativas a circunstancias personales, al estilo de vida y a la salud, así como al cambio experimentado en dichas áreas. De dicha muestra se excluyeron: a los estudiantes a tiempo completo, a las personas mayores de 55 años, así como a aquellos considerados como personas no aptas para desempeñar una actividad laboral. (1987: 1-2)

La investigación presenta los cuadros descriptivos de la muestra, asociando diferentes variables, tales como: el género; la edad; la situación laboral de la persona, es decir, si se encuentra empleada o desempleada, inquiriéndose para el caso de que la persona estuviese empleada, si lo está a tiempo completo o a medio tiempo, si están satisfechos con las condiciones laborales y con el salario que dicho empleo les ofrece, si estuvieron desempleados antes y durante cuanto tiempo; la atención y frecuencia con que realizaban controles relacionados con el cuidado de la salud; el estado civil de las personas; en caso de vivir en pareja, la situación laboral de la pareja; el número de hijos que tienen a su cargo por edad; así como también, el número de personas adultas a su cargo; qué tipo de vivienda

ocupan, si es propietario de la misma, si ocupa un inmueble arrendado, o si vive con sus padres. (Ibíd.: 3-15)

Se estudió la edad de deserción escolar, verificándose que existe ésta era mayor en la muestra poblacional de desempleados, sobre todo a edades comprendidas entre los 15 y 16 años. En otro cuadro se analizan las variables relativas a la formación educativa de los entrevistados, y las facultades o cualidades por ellos adquiridas. (Ibíd.: 9)

También se estudiaron las condiciones económicas de los individuos entrevistados, interrogándolos acerca del aproximado de ingresos mensuales de su hogar. En este caso quedó demostrado que las personas desempleadas poseían menores ingresos que las personas empleadas que habitaban en los mismos sectores desfavorecidos de la región. Así mismo, se verificó que el salario de las mujeres era más bajo que el de los hombres. (Ibíd.:17-18).

Luego se estudió el presupuesto familiar y los gastos semanales asignados para combustible, comida, alcohol, tabaco, vestidos, entretenimiento y transporte. Se observó que los gastos destinados al combustible, a la comida y al tabaco, eran similares entre los grupos de empleados y desempleados; y que los gastos destinados al alcohol, al vestido, al entretenimiento y al transporte se veían reducidos de manera drástica en el grupo de los desempleados, lo cual se traduce en la incapacidad para que éstos puedan sostener una vida social razonable. (Ibíd.: 18-21).

Los sujetos de la muestra fueron interrogados acerca de las actividades de las que tomaban parte y el número de horas que dedicaban cada semana a la realización de las mismas. Se les preguntó si la puesta en práctica de una determinada actividad estaba relacionada con el hecho de que la persona estuviese desempleada; si la persona sin empleo disfrutaba de su tiempo libre y si la persona empleada envidiaba el tiempo libre de la persona desempleada. Entre dichas actividades se incluyeron: cocina, labores del hogar, compras, jardinería, mecánica, trabajos manuales, lecturas, televisión, reunión con amigos, salidas a

bares, a clubes o a discotecas, actividades deportivas, obras sociales, trabajos ocasionales, teatro, cine, caminatas, cursos de idiomas, de baile, tiempo invertido en la búsqueda de un nuevo trabajo, entre otras. (Ibíd.: 21-25).

En el caso de las personas desempleadas, se averiguó si la realización de una nueva actividad estaba relacionada con el hecho de haber quedado sin empleo. Se les pidió comparar las actividades realizadas durante una semana típica de su vida de desempleados y una semana típica para la época en la que solían trabajar, verificándose un incremento en las horas dedicadas al sueño o a las actividades del hogar. (Ibíd.: 25-27).

Se les pidió responder también si, encontrándose en pareja, pasaban tiempo con ésta, qué lugares frecuentaban cuando estaban juntos y cuánto tiempo al mes le dedicaban. Los resultados revelaron un aumento del aislamiento y un deterioro de la vida social, debido a la falta de ingresos con los cuales cubrir la realización de actividades más variadas, sobre todo en el caso de los hombres. La porción de personas que respondieron que la pérdida de sus antiguos empleos los había acercado más a sus parejas fue mínima. (Ibíd.: 29-31).

Seguidamente, se interrogó a los sujetos desempleados sobre las ayudas, anímicas o financieras, de las que disponían, incluyendo las ofrecidas por organismos públicos o privados. La mayoría de las personas respondió encontrar dicho tipo de ayuda en familiares o amigos. (Ibíd.: 32-33).

Por último se procedió a evaluar un conjunto de variables relacionadas con la salud. En primer lugar se les preguntó si habían notado síntomas extraños a su estado habitual. Seguidamente, se les pidió que respondieran si habían sufrido de alguna enfermedad crónica. Luego se les hizo una serie de proposiciones para que dieran cuenta de su sintomatología durante los últimos tres años, debiendo precisar al final si habían notado cambios en su salud en ese lapso de tiempo y si éstos estaban relacionados de alguna manera, para el caso de los desempleados, con la pérdida de su ocupación. (Ibíd.: 33-36).

Para medir el índice de salud, se utilizó el índice de salud de Westtscot, basado en veinte preguntas extraídas del Cuestionario General de Salud, y en diez preguntas del Índice Médico de Cornell, que cubren no sólo cuestiones relativas a la salud mental, sino también a la salud física. Los índices obtenidos indicaron que existía una diferencia mínima entre la salud de los hombres empleados y de los hombres desempleados (que los autores justificaron por la edad, ya que la mayoría de los desempleados entrevistados eran hombres jóvenes); sin embargo, la diferencia fue notable entre el índice de salud presentado por las mujeres empleadas y el índice de salud presentado por las mujeres desempleadas. (Ibid.: 36-37).

Esta investigación realiza un significativo aporte estadístico que refleja las diferencias existentes entre personas empleadas y desempleadas en lo que concierne a la presencia de condiciones crónicas y el índice de salud. Es igualmente importante el hallazgo de este estudio en cuanto a la alta asociación estadística entre la caída por debajo del 60% del ingreso familiar y la baja puntuación obtenida en la medición de las condiciones de salud según el índice de Westtscot. Esto constituye una prueba evidente que contribuye al debate de que no sólo la pobreza causa efectos psicológicos graves en los individuos, sino que, el desempleo influye en aquélla y ocasiona importantes daños, que no pueden ser ignorados.

Por otra parte, este estudio demuestra que el desempleo se caracteriza por la pobreza, el aislamiento y un estado de salud deficiente. La persona desempleada no posee los recursos necesarios para acceder a una educación correcta ni a actividades sociales placenteras. En la sección del estudio consagrada a los estilos de vida se demuestra cómo, este tipo de persona, se encuentra tan preocupada y agobiada con los problemas de la cotidianidad, que es incapaz de responder a los mensajes concernientes a la prevención de enfermedades y promoción de la salud. No hay evidencia de signos de irresponsabilidad por parte del desocupado, sino es la imagen de una forma de vida dominada por las necesidades de supervivencia. Se trata de un fenómeno crónico, en el que, la mayoría, carece de ayuda social.

Cullen, J. y cols., también contribuyeron a las conclusiones y estrategias obtenidas con la reunión celebrada en Badén, gracias a su tesis titulada "*Health Effects of Work and Exclusion from Work. Approaches to Understanding, Monitoring and Interventions*", que proporciona una visión de conjunto de la relación que existe entre trabajo, exclusión del trabajo y efectos sobre la salud; así como de las estrategias de control de salud y de los efectos que sobre ésta surte la recesión económica y el desempleo por largo tiempo. Por último, se realiza una aproximación para la identificación de los grupos de alto riesgo. (1987: 1). Esta investigación responde a la necesidad de aportar una perspectiva distinta, puesto que, la mayoría de los artículos existentes hasta ese momento atendían únicamente al problema del desempleo, dejando a un lado la relación existente entre trabajo precario y salud.

Los autores argumentan, citando a Atkinson y Gregory (1986), que los más vulnerables a ocupar un puesto de trabajo precario, mal pagado y ejecutado en condiciones laborales inseguras, son precisamente aquellos individuos que han estado sometidos a una situación de desempleo por largo tiempo. (En Cullen y cols., 1987: 3).

El aporte realizado por este estudio es notable, pues se revisan una serie de artículos elaborados durante la década de los setenta, a partir de los cuales se define la *Calidad de Vida Laboral*. En este contexto, se cita un trabajo de la OMS (1980), que identifica tres categorías de factores laborales que influyen sobre la salud, y que deben ser reconocidos por los servicios de salud como causas importantes de enfermedades mentales y físicas, así como de efectos adversos al bienestar general; a saber: a) factores psicosociales; b) factores físicos, químicos y biológicos; y, c) factores psicológicos y fisiológicos. (En Cullen y cols., 1987: 6).

También resultan importantísimas las referencias a investigaciones avocadas a la determinación de las consecuencias acarreadas por las condiciones de vida laboral sobre la salud física; específicamente, las relativas a la manifestación o agravación de enfermedades cardiovasculares. Los resultados coinciden en indicar que, aquellos empleados sometidos a

condiciones de trabajo estresantes o que realizan trabajos que exigen de un intenso ritmo laboral, están más propensos a desarrollar enfermedades de este tipo. (Ibid.: 6-7).

En cuanto a los efectos de las condiciones de vida laboral sobre la salud mental, se mencionan las investigaciones de Kornhauser (1965), sobre las oportunidades de desarrollo de las habilidades de los trabajadores, y sobre cómo esto puede afectar su salud mental. También se consideran ciertos estudios enfocados en aquellos factores considerados como potencialmente adversos al bienestar psíquico de los empleados; entre éstos se incluyen los relacionados con la duración de la actividad laboral y con la forma en que está organizada la misma; factores relacionados con el ambiente físico en el cual se desarrolla el trabajo, como la exposición a ruidos fuertes; y, finalmente, factores relacionados con el diseño de trabajo en sí mismo. Por otra parte, se hace resalta la importancia de a la interacción del individuo con su ambiente de trabajo y su adaptación a éste. La conclusión a la que se llega es que a medida que se incrementan carencias y conflictos en el ambiente laboral, el bienestar físico y mental de la persona disminuye. (En Cullen y cols., 1987: 8-10).

También se incluye una amplia referencia a estudios que consideran la pobreza de la calidad de las condiciones de trabajo, como consecuencia directa del nivel socioeconómico de la persona, y de la influencia que éste ejerce sobre ciertos aspectos intrínsecos de la actividad laboral, tales como, las oportunidades de trabajo y la estabilidad laboral, los niveles de participación, la percepción de la importancia social del trabajo, entre otros. (Ibid.: 10).

Los modelos conceptuales desarrollados en este estudio establecen ciertos rangos de los diferentes procesos psicosociales de estrés en el lugar de trabajo e incluyen diferentes niveles de análisis. Recibe particular atención la especificación de las relaciones causales entre las dimensiones de los diversos procesos estresantes y la vida laboral. (Ibid.:11-14).

El estudio elabora un examen minucioso de los modelos conceptuales basados en las implicaciones del desempleo sobre la salud. Sobre este aspecto se articulan una variedad de

niveles que difieren entre sí, debido a sus rangos de variabilidad, incluyendo una serie de relaciones complejas. Así pues, se analizan los modelos desarrollados a nivel individual y se conceptualizan los factores que afectan potencialmente la respuesta de la persona que pierde su trabajo. Se incluyen modelos de estatus familiar, dirigidos a apreciar diferentes aspectos relacionados con el impacto que, sobre la familia, causan las crisis económicas provocadas por el desempleo. (Ibíd.: 14-18).

Se examinan, además de los efectos que causan sobre la salud la inseguridad laboral y el desempleo, y los derivados de los hábitos de la vida laboral. (Ibíd.: 18). En lo referente al estudio de los efectos que sobre la salud causa la inseguridad laboral, se citan una serie de investigaciones sobre la determinación del costo que para los trabajadores significa desarrollar su actividad en compañías que experimentan dificultades financieras o cuya amenaza de cierre es inminente. En ambos casos se registró un aumento de las consultas médicas por motivo de trastornos psicológicos, o enfermedades cardiovasculares. (Ibíd.: 18-19).

En cuanto a los hábitos en la vida laboral, se prestó particular atención a los efectos negativos que acarrea el estrés sobre la salud; y se examinó qué tipo de vinculación existe entre el estrés crónico, la necesidad de disponer de un control ambiental, el riesgo de presentar enfermedades cardiovasculares y el desarrollo de sentimientos de rabia, desesperanza y sufrimiento. En este sentido, se sugiere que la intensidad de las relaciones existentes entre satisfacción laboral y ciertas características psicosociales de tipo laboral, dependen de la estabilidad laboral y organizacional. (Ibíd.: 20-23).

La investigación de Cullen y su grupo también subraya que el debate de los hábitos o costumbres individuales y de los efectos del desempleo sobre la salud, está principalmente dirigido a la determinación de la relación existente entre duración del desempleo e indicadores de la salud. Sin embargo, las conclusiones a las que se han llegado sobre este tema están lejos de ser definitivas. Primero, porque pocos estudios explican el rango de los factores que

moderan los efectos de la duración del desempleo; y, segundo, porque pocos estudios utilizan procedimientos estadísticos apropiados para detectar el potencial de naturaleza compleja que resulta del impacto de la duración del desempleo en la salud. (Ibid.: 24-25).

En lo concerniente a los cambios experimentados por los trabajadores en su vida laboral, se refiere que, a nivel macroeconómico, el rápido desarrollo y difusión introducidos por la nueva tecnología, puede causar fuertes impactos, no sólo sobre la salud de las personas que quedan excluidas de sus puestos de trabajo, dada su incapacidad o falta de habilidades para el manejo de las nuevas tecnologías; sino también, sobre la salud de aquellos que conservan su empleo, pero para quienes éste pierde el significado que tenía anteriormente y el valor su función en la empresa disminuye. (Ibid.: 26-27).

Los autores sugieren que existen tres áreas relacionadas con la emergencia de investigaciones hechas desde una perspectiva psicosocial, sobre los problemas de la salud y bienestar. En primer lugar, está el impacto que produce el empleo sobre la salud. En este sentido, cabe destacar ciertos agentes, como las condiciones laborales y la organización del trabajo; es decir, aquellos factores psicosociales relacionados con el estrés en el lugar de trabajo. En segundo lugar, está el impacto ocasionado por la introducción de nuevas tecnologías. Por último, tenemos el impacto provocado por el desempleo. Sobre esta última cuestión y, específicamente, en referencia al plano material, es importante la evaluación de la disminución de los ingresos, asociada al riesgo de pobreza. Adicionalmente, se habla de la pérdida de habilidades, del estatus y de la estructura temporal dentro de la cual se desarrolla la vida cotidiana; la cual comprende actividades sociales, el contacto con personas ajenas al círculo familiar y el aumento de la incertidumbre sobre el avenir. (Ibid.: 32-34).

El trabajo continúa exponiendo algunos aspectos enfocados en el control de las implicaciones que acarrearán la recesión económica y el desempleo a largo término. Sin embargo, se advierte que, en la práctica, existe una irrupción importante entre los resultados

de los controles practicados y su incorporación a la acción social. Los investigadores exploran varias posibilidades relacionadas con desempleo por largo tiempo. (Ibíd.: 35-37).

En primer término, se hace alusión al enfoque basado en las consecuencias de la recesión económica y del desempleo sobre la salud, dentro del contexto familiar. En efecto, son pocos los esfuerzos encaminados a la determinación de los costos que surgen en la esfera de relaciones personales, en particular, de los efectos producidos sobre el estado de salud de la pareja y de los hijos de la persona desempleada, así como de las posibilidades ofrecidas por el sistema de salud pública para la familia. (Ibíd.: 37-38). En segundo término, a pesar del volumen y la diversidad de las investigaciones existentes sobre desempleo y salud, se expone la necesidad de determinar los efectos que sobre la salud ocasiona el desempleo a largo término. Ciertamente, muchos de los casos estudiados se refieren a individuos desempleados por un tiempo considerable que es menor a un año, y que por lo general se toma como un indicador de desempleo por largo tiempo. (Ibíd.: 38-39). Por último está, por un lado, la necesidad de examinar los hallazgos existentes, concernientes a la asociación entre desempleo y problemas de salud física y mental; y, por el otro, conceptuar los mecanismos que subrayan el impacto del desempleo en la salud física y mental. (Ibíd.: 39-40). Adicionalmente, existe una variedad teórica de estructuras psicosociales relativas a la crisis de adaptación humana, elaboradas bajo el paradigma del estrés.

En esta investigación se presenta un cuadro que desarrolla, precisamente, la propuesta de Horowitz en 1979, a fin de conceptuar los estados de respuesta al estrés, así como el potencial asociado a las mismas para la adaptación correcta o incorrecta a una situación inesperada. Horowitz advierte especialmente sobre las implicaciones clínicas de una adaptación psicológica inadecuada. (Ibíd.: 40).

Por último, se establecen niveles de análisis y se seleccionan los indicadores para controlar los efectos causados por el desempleo a largo término, la pobreza y la recesión

económica sobre la salud, resumidos en el cuadro 1. En ellos se considera la situación del individuo dentro de la esfera individual, familiar y social, y por último, dentro del sistema ecológico que lo rodea, así como los diferentes factores que pueden influir en las respuestas del individuo hacia su situación de desempleo y, por ende, en su estado de salud.

Cuadro 1
Indicadores para controlar los efectos del desempleo por largo tiempo.

	1. Factores contextuales sociodemográficos	2. Ambiente físico y psicosocial	3. Reacciones de Alto Riesgo (Indicadores de Advertencia Temprana)	4. Generadores de la Crisis	5. Indicadores de la Crisis
INDIVIDUAL	<p><u>Ciclo vital:</u> Factores relacionados con la edad, psicosociales, y etapas de transición.</p> <p><u>Estatus Socio-Económico:</u> Estatus socioeconómico de los padres.</p> <p><u>Educación</u></p>	<p><u>Estado del Mercado Laboral:</u> Índices de empleo, desempleo, calidad de las condiciones de vida laboral.</p> <p><u>Recursos disponibles o carencia de recursos:</u> económicos y psicosociales.</p> <p><u>Lugar de residencia:</u> adecuado y habitable.</p>	<p><u>Cambios relativamente agudos, a nivel psicológico</u> (cognitivo y afectivo) y conductual.</p> <p><u>Parámetros fisiológicos.</u></p>	<p><u>Cambio en los hábitos.</u></p> <p><u>Persistencia.</u></p> <p><u>Factores temporales.</u></p>	<p><u>Morbilidad: física y psicológica.</u></p> <p><u>Utilización de servicios de salud:</u> Tipo y frecuencia.</p>
RELACIONES INTIMAS Y SOCIALES	<p><u>Ciclo de vida familiar:</u> Número de hijos y edades.</p> <p><u>Proporción socioeconómica:</u> estatus de los miembros del núcleo familiar.</p>	<p><u>Recursos económicos y psicosociales:</u> relacionados con vivienda, ingresos y apoyo social.</p> <p>Subsidios estatales para el desarrollo de actividades relacionadas con el cuidado de la salud.</p>	<p><u>Cambios relativamente agudos a nivel de:</u> la cohesión de grupo, de la comunicación y del apoyo que recibe del mismo.</p> <p>Sistema de valores.</p> <p>Proceso de socialización.</p>	<p><u>Cambio en los hábitos.</u></p> <p>Factores temporales.</p>	<p><u>Crisis familiar:</u> Separación. Divorcio. Violencia familiar. Violencia infantil. Fallas en el cuidado de los hijos.</p>
SISTEMA ECOLÓGICO	<p><u>Composición del sistema:</u> Ciclo de vida. Proporciones dependientes.</p> <p><u>Prestación de servicios de:</u> salud, higiene, educación, subsidio estatal de paro forzoso, vivienda y desempleo (medio urbano o rural), etc.</p> <p><u>Estructura:</u> económica y estructura social.</p>	<p><u>Estructura social y económica del sistema.</u></p> <p><u>Tipologías del mercado laboral.</u></p> <p>Capacidad adecuada para conocer de las necesidades individuales, familiares y sociales.</p>	<p><u>Emergencia de crisis en el sistema a nivel:</u> Económico, administrativo y local.</p> <p>Cambios drásticos experimentados por la comunidad.</p> <p>Viabilidad y capacidad.</p>	<p><u>Cambios estructurales:</u> Persistencia. Permanencia.</p>	<p><u>Crisis de las estructuras económicas, administrativas y políticas del sistema.</u></p> <p>Altos niveles de alienación.</p> <p>Cuestionamiento de la legitimidad del sistema.</p>

Fuente: Cullen, J.; Ronayne, T.; Ryan, G. (1987).

Iversen, L. y cols., presentan su artículo "*Unemployment in Denmark 1970-1980*", inscrito en el esfuerzo de investigación sobre la relación existente entre desempleo y mortalidad, que ha sido tema de interés por más de cien años, sobre todo en lo que respecta al suicidio. Dicho estudio encuentra su justificación en los índices de mortalidad relativamente importantes presentados en Dinamarca, en hombres y mujeres desempleados, durante la década de los setenta. Como muestra poblacional para la realización de este estudio, se consideró fuerza total de trabajo con edades comprendidas entre 20 y 64 años, para el 9 de noviembre de 1970; esto es, alrededor de dos millones de personas empleadas y 22 millones de desempleados. Efectivamente, se halló un incremento en el índice de mortalidad entre los desempleados, especialmente por suicidios y accidentes. Este exceso es interpretado como una consecuencia del estado de salud relativo, cuyo deterioro aumenta debido a la conexión tan estrecha que existe entre estrés psicosocial y desempleo. (1987).

Jackson y Walsh señalan que, como consecuencia de la pérdida del empleo, se producen tres cambios importantes: una disminución de ingresos económicos, una transformación en las relaciones sociales y un cambio de papel en cuanto al ejercicio de la autoridad. Estos cambios provocan una desensibilización en las relaciones entre los miembros de la familia, y entre ésta y el medio en que se desarrolla su vida cotidiana, dando lugar a un proceso de adaptación y cambio. (1987).

El grado de estabilidad familiar depende, a su vez, de otros factores, tales como el momento en que se produce la pérdida del trabajo dentro del proceso de desarrollo del ciclo de vida familiar. Así mismo, la tensión familiar producida tras la aparición del desempleo parece ser más acusada cuando afecta a personas con un bajo estatus ocupacional y con un periodo de desempleo superior a los seis meses. (Ibíd.).

Estos autores concluyen que, en definitiva, si bien el desempleo puede ser considerado como un factor importante de desestabilización en las relaciones familiares, tal y como

señalan Bergere y Sana Rueda (1984), el aumento de la tensión familiar no debe ser siempre considerado como una consecuencia directa del mismo, sino que más bien actúa como un factor que acentúa el tipo de relaciones familiares existentes con anterioridad, intensificando el estrés y la tensión en aquellas familias en las que ya se daba un deterioro de las relaciones entre sus miembros. La familia puede ser tanto el origen de tensión como de apoyo social, lo que explica el que ni en todos los estudios el desempleo esté asociado a un incremento en la tensión familiar ni en todos los casos se dé un deterioro en dichas relaciones. (En Jackson y Walsh, 1987).

Por su parte Harych (1995), al evaluar una muestra de 1.628 individuos empleados y desempleados, ubicados en la población de Sajonia, con el fin de averiguar la relación entre salud e inactividad laboral, encontró que los sujetos activos presentaban riesgos mayores de salud. Estas personas manifestaron un alto nivel de preocupación e intranquilidad por la pérdida de su trabajo que las personas desocupadas. Los que presentaban altos niveles de ansiedad padecían de enfermedades crónicas, por hallarse sometidos a una presión social bastante fuerte.

El trabajo *“The Potencial Role of Unemployment Benefits in Shaping the Mental Health Impact of Unemployment”*, del Departamento de Políticas de Análisis y Administración, de la Universidad Cornell., se basa en la asociación entre los sistemas formales de ayuda, dirigidos a las personas desempleadas, y la salud mental de las mismas durante los periodos de desocupación. A través del mismo, se verifica cómo aquellas personas desempleadas que no reciben los beneficios sociales del paro se encuentran en un riesgo mayor de presentar trastornos depresivos y de padecer enfermedades físicas, que aquellos que reciben alguna clase de compensación durante el periodo en el que se encuentran sin empleo. Sin embargo, se observó que el riesgo de presentar un estado de salud deficiente por parte de aquellas personas desempleadas que gozaban de beneficios sociales no es nulo. (1997).

Por último, podemos citar el reciente trabajo de Waters y Moore (2001), quienes investigaron las relaciones que se establecen entre la situación laboral, la salud psicológica, las dificultades económicas y los niveles de esfuerzos aplicados por el individuo para sobrellevarlo, analizando una muestra de 329 sujetos (201 desempleados y 128 empleados). Los resultados obtenidos sugieren que la restricción económica se experimenta en forma diferente entre grupos de sujetos empleados y desempleados en lo que se refiere a las necesidades y actividades de ocio. Así, los sujetos desempleados se restringen económicamente para la realización de dichas actividades, lo cual provoca en ellos estados depresivos y bajos índices de autoestima.

2.3. ESTUDIOS SOBRE EL TEMA EN AMÉRICA LATINA

Como se ha dicho en la introducción, la mayoría de los estudios avocados al problema del desempleo y del empleo precario han sido realizados en Argentina. Así pues, un estudio hecho por los integrantes de la Comisión de Salud Mental de la Asamblea Permanente por los Derechos Humanos (APDH) de ese país, caracteriza la desocupación como un trauma social y la violación de un derecho humano, en una investigación hecha a través de un trabajo de campo con personas desempleadas, y expuesta a través de un artículo titulado "*Yo no soy joven, ni viejo, ni nada*".

La persona que pierde su empleo, pierde sus vínculos sociales también. Se siente desanimado, aislado, le falta reconocimiento y deja de saber cuál es su rol dentro de la sociedad, sintiendo que su pertenencia a la misma es nula. Quedarse desempleado significa estar desprovisto de toda protección. (Aguar y otros, 1996).

Fundándose en las conclusiones anteriores, Elina Aguiar, miembro de la Comisión, publica en la *Revista de Psicología y Psicoterapia de Grupo* de Buenos Aires, un artículo titulado: "*Trabajo y psicoanálisis. La desocupación: Algunas reflexiones sobre sus repercusiones psicosociales*". En este trabajo se considera que la amenaza de desocupación a la que se ven enfrentadas muchas personas funciona como una forma de "*chantaje social*", que presiona para que éstas se vean obligadas a aceptar realizar una actividad laboral, sin que importen las condiciones de trabajo, dado que son muchos los que esperan por el mismo puesto a cambio de un salario menor. (1997).

Advierte además sobre la ausencia de un seguro de desempleo o subsidio de paro forzoso, que garantice condiciones mínimas de vida. Un caso que se repite en la mayoría de los países pobres, situación que coacciona al desempleado y disciplina a los ocupados. Según Aguiar, "*la desocupación es una amenaza colectiva, estructural y desocializada. El desempleo es un fenómeno social pero es vivido como crisis individual, despojado de su dimensión social*". (Ibid.). Se indica que uno de los efectos de la desocupación consiste en la inmovilización paulatina de los estratos sociales, los cuales asumen una condición de derrotismo, fatalismo y pasividad.

La desocupación y amenaza constante de desocupación, constituyen violencias traumáticas. Según Freud, un acontecimiento constituye un trauma, toda vez que genera un sentimiento de terror; y, para Mom y Baranger (1987), entre los efectos producidos por una experiencia traumática, destacan, en primer lugar, una situación de marginación y culpa; en segundo lugar, el recurso a nuevas investiduras libidinales que son, por lo general, frágiles y precarias, tales como las formas de pensamiento mágico; en tercer lugar, la adopción de medidas defensivas para que el trauma sea olvidado, tales como el desmentimiento, desde los sectores de poder público, o la paralización, apatía y aislamiento, ante el miedo que siente la persona a perder su trabajo o a no conseguirlo; por último, se produce una predisposición a la

violencia, contra sí mismo o contra los demás, sobre todo contra el círculo familiar. (En Aguiar, 1997).

La autora explica la desarticulación de la vida cotidiana del desocupado y su entorno, citando los trabajos de Jahoda (1982), quien expuso su "*Teoría de la privación del trabajo*". Vale destacar de aquí que los ritmos y costumbres de la cotidianidad se rigen, en gran parte, gracias a la actividad laboral, la cual se convierte en el reloj de las familias. Esto forma parte del proceso de socialización. Otro ejemplo lo constituye la escolaridad, que implica la participación en un tiempo social organizado. Según Jahoda, en la mayoría de los desocupados se observa una pérdida de la orientación y del sentido del tiempo, que incide luego sobre la pérdida de sus facultades laborales. (En Aguiar, 1997).

El estudio también establece la relación entre la desocupación, la pareja y la familia. Para Aguiar, es precisamente en estos dos últimos vínculos, donde se apoya la persona desempleada cuando falla el marco de seguridad estable que le proporcionaba el trabajo. Sin embargo, este nuevo punto de apoyo resulta sólo ilusoriamente seguro e incapaz de reemplazar al sostén laboral perdido. Ante esta imposibilidad surge el reproche por parte de la pareja. Se le exige al otro que dé lo que no puede dar, que supla lo que no puede suplir; uno o ambos compañeros, se sienten defraudados, derrotados y exigen al otro resarcimiento de su pérdida, reparación de la autoestima. Este tipo de reproches, se puede tornar en ocasiones violento. Esta conclusión se funda en el trabajo de Puget y Berenstein, de 1988. (Ibid.).

Por otra parte, la alteración del proyecto de vida de la persona desempleada y su pareja, le impide ubicarse en una temporalidad dentro del marco sobre el que ambos se apoyaban; y los sitúa, más bien, frente a una situación catastrófica en la que se pierde la noción de futuro. La incertidumbre laboral se extiende también a los hijos, para quienes la idea de un "futuro promisorio" se desvanece. (Ibid.).

El desempleo en el hombre y la participación en el mercado laboral de la mujer, es vivida por aquél como traición y abandono. Por su parte, el hecho de quedar sin trabajo, para una mujer, se traduce en un retroceso en su autonomía y una derrota. Los trabajos domésticos son poco valorados y los prejuicios acerca de qué es ser hombre o mujer, emergen. (Ibid.).

La experiencia de los hijos es variada. Así como pueden sobre-adaptarse y asumir una pseudomadurez, haciéndose cargo del sostén afectivo y/o económico de los progenitores; otros se rebelan, no rinden académicamente y sienten vergüenza de sus padres desempleados. Además, la pérdida de autoridad por parte de éstos puede llevarlos a presentar problemas de alcoholismo, drogadicción o delincuencia. En los sectores más humildes de la población, por lo general, los niños se ven obligados a sostener a sus familias, trabajando en las calles o mendigando, con la consecuente alteración de su escolaridad. (Ibid.).

Aguiar explica también el papel simbólico que juega el dinero en la afirmación de identidad por parte del hombre de cultura occidental. La imposibilidad de percibir dinero para mantener a su familia, produce en él una sensación de castración, de que no es nadie; y por ello prefiere trabajar en “cualquier cosa”, aceptando, condiciones laborales indignas. (Ibid.).

En el caso de los jóvenes, la falta de empleo, es vista como un retraso en la entrada a la vida adulta y una negación a asumir responsabilidades. La mayoría de las veces, esta situación retrasa su partida del hogar familiar, impidiéndoles que logren su autonomía. Los jóvenes desempleados se sienten fuera de lugar y experimentan un cierto anacronismo al sentir que por vivir aún en casa de sus padres los tratan como niños. (Ibid.).

Concluye que los efectos producidos por la desocupación en la psiquis son, pues, diferentes para cada género, para cada etapa de la vida y para cada sector social. (Ibid.).

El artículo da igualmente cuenta del sentimiento de frustración profesional que genera la desocupación, explicado por Galli en 1996. Este es aún mayor cuando se vive como un fracaso en la elección vocacional. De acuerdo con Galli, la imposibilidad de concluir los

proyectos personales, en los que cada quien era el creador de su propio destino, produce un sentimiento de culpabilidad, de inferioridad, un estado de parálisis psíquica y de pobreza mental. Efectos que Aguiar relaciona directamente con el trauma social. (En Aguiar, 1997).

Para subsanar este trauma, la autora establece la importancia de la reinserción social del desocupado, basándose en la posición del psicoanalista alemán H. Stoffels, quien sostenía, en relación a las consecuencias del holocausto que, precisamente, la dimensión decisiva de la superación del trauma, se fundaba en el hecho de estar dispuesto a entregar algo a seres distintos de los que integraban el núcleo familiar. Aguiar habla de la necesidad de que la sociedad reconozca la fase post-traumática del individuo desempleado, a fin de que la marca del desempleo no se convierta en un estigma. Si los organismos oficiales y la sociedad en general, no se hacen cargo de los desocupados, esta carga recaerá sobre la familia. (Ibíd.).

Seguidamente se describe la relación entre desocupación y pertenencia social. La autora explica que el hecho de quedar sin empleo, significa quedar fuera de todo tipo de protección y ser víctima del proceso de marginación, el cuál genera múltiples pobreza. (Ibíd.). Citando a M. T. Sirvent, Aguiar expone que dichas pobreza no sólo se limitan a una falta de recursos para satisfacer las necesidades básicas de trabajo, salud, vivienda y comida: sino que se trata, además, de necesidades que resultan fundamentales, pero que no son tan obvias. Entre ellas, menciona la necesidad de formarse un pensamiento conciente y libre, la necesidad de participación política y cualquiera otra que, al no ser adecuadamente satisfecha, provoque procesos de exclusión. (Ibíd.).

Partiendo del pensamiento de Bourdieu, Aguiar concluye que al haber “pobreza de entendimiento”, es decir, un deterioro en la construcción del conocimiento crítico sobre el quehacer cotidiano, nuestro sentido común se construye en base a los intereses del poder. Al producir un sentimiento de “terror al desempleo”, se ejerce una coacción simbólica que “reorganiza la nación en beneficio del poder económico” y que, además de afectar las

relaciones sociales, conlleva una serie de efectos físicos y mentales, tales como, estrés, depresión, suicidios, enfermedades psicosomáticas, cardíacas, etc. (Ibíd.).

Marcela Cerruti, realiza un aporte a la bibliografía latinoamericana relativa al problema de la desocupación y la ocupación precaria, con su minuciosa investigación titulada "*El Problema del desempleo: El caso argentino en el contexto latinoamericano*". En ella, la autora también advierte sobre el galopante aumento del desempleo en la región y las consecuencias del mismo a nivel macro y microsocioal. (Consultado el 30/07/2006: 1).

Según Cerruti, a nivel macrosocioal, el desempleo es el causante de la baja real de los salarios y, por ende, del poder de negociación y defensa colectiva de los derechos de los trabajadores, así como de su poder adquisitivo y de los niveles de pobreza en la población. Por otra parte, la exclusión del empleo, genera en el ciudadano un sentimiento de pérdida de sus derechos políticos y sociales. A nivel microsocioal, el desempleo va a desencadenar un claro deterioro de las condiciones de vida y un aumento de las posibilidades de pobreza o indigencia; y, el desempleo de larga duración, una menor "empleabilidad", dada la pérdida de habilidades específicas en el individuo y la reducción de su capital social. (Ibíd.: 1-2).

En este trabajo, se examinan los procesos que han dado lugar al incremento significativo del desempleo, relacionándolos, en primer lugar, con las condiciones económicas y sociales que han causado impacto en el mercado de trabajo; y, luego, con los comportamientos individuales, familiares y colectivos.

La autora sostiene que es fundamental que se tome en consideración, junto con el problema de la desocupación abierta, el fenómeno del trabajador desalentado, como problema inherente al nuevo modelo económico en América Latina. Es decir, el de aquel que se ha encontrado desempleado durante largo tiempo y que se ve obligado a aceptar un empleo precario. (Ibíd.: 3).

La investigadora presenta, en la primera parte del artículo, una reseña de la evolución del desempleo en la región latinoamericana. En cuanto a esto, vale la pena destacar el hecho de que, según los datos analizados, en América Latina, las bajas tasas de desempleo durante la década de los setenta, no significaron la inexistencia de serios problemas de empleo, puesto que buena parte de la fuerza de trabajo carecía de oportunidades para incorporarse al sector formal de la economía. Durante esta época, el desarrollo de las actividades económicas del sector informal, constituyó, en gran medida, la alternativa al desempleo abierto. Cerruti destaca que *“los trabajadores latinoamericanos no podían darse el lujo de mantenerse desocupados, dada la inexistencia de seguros de desempleo”*. (Ibíd.: 4).

Con la incorporación de los diversos programas de ajuste económico durante la década de los ochenta, con miras a equilibrar la deuda externa de los países de la región, se produce un deterioro significativo de la capacidad de los mercados de trabajo de la región para crear empleos en el sector formal. (Ibíd.). Al finales de los noventa, a los problemas relativos a la absorción de mano de obra, se suman el del aumento excesivo en las tasas de desocupación abierta, en todos los países de la región. Así, en 1999, el desempleo se ubica entre 8,1% y el 8,7%. Además, la problemática de la precariedad laboral crece, es decir, aquella en la que se ven inmersos los asalariados sin seguridad laboral, y no permanentes. (Ibíd.: 5-7).

Por su puesto, la autora no obvia la heterogeneidad existente entre los países que integran la región. En efecto, indica que algunos de ellos experimentaron un crecimiento económico relativamente estable, cual es el caso de México, aunque no sin altibajos, y de otros países centroamericanos y del Caribe. Sin embargo, la situación no fue tan alentadora para la mayoría de los países de Sudamérica que, con excepción de Brasil (donde si bien la tasa de desocupación permaneció estable, la tasa de ocupación se redujo), fueron testigos de un grave menoscabo de las condiciones de empleo; entre ellos Argentina, Colombia, Ecuador y Venezuela. (Ibíd.: 8).

En la segunda parte del trabajo, se da cuenta de la gravedad e intensidad del caso argentino, en relación con el aumento del desempleo abierto, el cual, según Cerruti, tuvo lugar debido a dos procesos simultáneos: *“por un lado, las dificultades de la economía para generar y mantener los puestos de trabajo existentes y, por el otro, el aumento en el número de personas buscando trabajo. En relación al primer caso, la generación de puestos de trabajo se redujo por una serie de razones...”*, entre las cuales figuran: la reducción del déficit fiscal a través de la disminución de empleos en el sector público, la desaceleración en la creación de puestos de trabajo, la reducción del número de trabajadores en empresas que emprendieron procesos de reestructuración encaminados a hacerlas operar de manera más competitiva, de acuerdo a las exigencias del nuevo contexto económico y, por último las dificultades a las que se vieron enfrentadas las pequeñas y medianas empresas para competir en ese nuevo contexto. Igualmente el comercio sufrió una fuerte reconversión, enfrentándose al cierre de los pequeños establecimientos, en beneficio de las grandes cadenas de supermercados. (Ibid.: 13-15).

Otro dato importante, se refiere al incremento de la fuerza de trabajo argentina, debido a la incorporación de las mujeres provenientes de los hogares de menores ingresos, al mercado de trabajo, para contrarrestar la inestabilidad laboral de los jefes del hogar. Esto explica muchos de los efectos producidos por la desocupación, en los comportamientos de los individuos y sus familias. Al respecto, la autora menciona las hipótesis planteadas por Altimir y Beccaria, en 1999: en primer lugar, la del “efecto trabajador desalentado” y, en segundo lugar, la del “efecto trabajador adicional”. (Ibid.: 17-18).

Al examinar los efectos del desempleo, Cerruti advierte sobre la falta de atención que, desde los círculos académicos latinoamericanos, se ha prestado a las consecuencias del desempleo sobre el bienestar del individuo y el de sus familias en la región latinoamericana. Indica que, a pesar de reconocer la incidencia del mismo sobre la autoestima y la

inmovilización social, la bibliografía sobre estos temas es bastante escasa. Uno de los trabajos que examina la experiencia vivida por la desocupación, es el de Kessler (1996), basado en entrevistas y observaciones hechas a individuos integrantes de grupos de autoayuda para desocupados, a través de las cuales se examina la visión personal y colectiva del desempleo, incluyendo las causas, la responsabilidad, el estigma asociado a esta condición y el impacto que causa sobre la relación familiar. (Ibid.: 19-22).

En la mayoría de los casos, estos efectos son diferentes en cuanto al género de la persona desocupada. Galli y Malfé (1996), señalan que, en el caso de Argentina, la persistencia de una corriente cultural hegemónica que fija la identidad del varón en su papel de jefe de familia, encargado de trabajar y generar dinero; ha traído como consecuencia una crisis de identidad masculina que, en la mayoría de las veces, hace recurso de la violencia física o verbal, como medio para reconquistar el lugar perdido y lograr una suerte de resarcimiento imaginario. (En Cerruti, consultado el 30/07/2006: 23). Galli y Malfe recuerdan también la importancia de los cambios operados en las certidumbres que el individuo basa su estabilidad psíquica. Así, los cambios ocurridos en el mercado laboral y, en especial, el operado en el caso de los despidos y retiros voluntarios del sector público argentino, produjeron verdaderas catástrofes psíquicas en aquellos individuos que habían depositado su confianza en un Estado benefactor. (Ibid.: 24).

La autora cita como otra limitación a la posibilidad de encontrar nuevamente una ocupación, la edad; y para ello se basa en un estudio sobre empleo intermitente, realizado por ella misma, en el año 2000, y publicado en México y Buenos Aires, en la revista de estudios comparados sobre la familia. Las mujeres entrevistadas en el mismo, indicaron que su posibilidad de encontrar empleo, estando casadas, con hijos y teniendo una edad de 35 años, era casi nula. Por otra parte, los estudios etnográficos afirman lo anterior, en forma repetida. La media para conseguir trabajo en el mercado laboral argentino es, de 40 años para los

hombres, y de 35 para la mujer. Esta conclusión concuerda con la investigación de Collison, Knights y Collison (1990), quienes establecen que, en un mercado laboral en el que la reserva de mano de obra es alta y los empleos escasean, el uso de canales informales de reclutamiento y de prácticas discriminatorias se intensifica. (Ibíd.: 23).

Por último, Cerruti hace alusión a la investigación de Beccaria y López de 1996, en el cual se ilustra de manera empírica, la relación entre desocupación y transición a la pobreza. Para ello se sirven de datos panel, a través de los cuales se muestra cómo, en la primera década de los noventa, el flujo de hogares pobres a no pobres, superaba el de no pobres a pobres; y, a partir de 1994, año en que el índice de desocupación alcanza niveles alarmantes, se verifica un paso significativo de hogares no pobres a pobres, en comparación con los hogares que logran salir de la pobreza. (Ibíd.: 25).

En las consideraciones finales, se recomienda la extensión de este tipo de estudios a otros países de Latinoamérica, pues, se considera que la experiencia argentina constituye un caso modelo de los efectos de la reestructuración económica sobre el empleo y la estructura social. (Ibíd.: 27). En lo que se refiere al descenso del empleo público, por ejemplo, se verifica una situación más o menos similar, en casi todos los países de la región, lo cual merece particular atención; y, en cuanto al sector privado, se observa más bien un recorte del sector industrial, el cual, por su puesto, ha generado más desempleo. (Ibíd.: 27).

A esta problemática se añaden otros inconvenientes, tales como la disminución de la capacidad de absorción de trabajadores por parte del sector informal, factor éste que es significativamente importante para el contexto latinoamericano. Si bien este sector había actuado tradicionalmente como variable de ajuste del mercado laboral, durante la época del modelo sustitutivo, hoy día opera con cierta dificultad, enfrentado a los cambios del contexto económico, dentro de los cuales se incluye la competencia con bienes importados, mayores costos de producción, entre otros.

Un segundo problema es el de la emigración. Este caso, resulta particularmente interesante, pues, como en el caso de Venezuela, si bien Argentina había funcionado más bien como país receptor, en la actualidad parece haberse convertido más bien en un país expulsor de mano de obra. La emigración, se está convirtiendo en una alternativa de escape para los trabajadores desalentados. (Ibíd.: 28). Para Cerrati, los desempleados constituyen un grupo heterogéneo que sólo comparte el hecho de estar buscando un medio de subsistencia. Sin embargo, la situación de recesión económica actual los ha condicionado a aceptar su condición de estar solos. La autora culmina su trabajo advirtiendo sobre los efectos devastadores que, a nivel individual, social, e inclusive político, puede causar la desocupación. (Ibíd.: 29).

Por su parte, Adrian Liberman, miembro de la Sociedad Psicoanalítica de Caracas, en su artículo "*El desempleo como nueva categoría clínica*", nos refiere la caída en desuso de la sexualidad como síntoma principal de enfermedad o sufrimiento mental y el aumento, a nivel mundial, de consultas psiquiátricas ligadas al tema de lo económico, sobre todo en lo que se refiere al empleo y a la productividad. (2005).

El autor indica que, por lo general, se trata de una categoría clínica que hace su aparición bajo la forma de angustia y de miedo; miedo a quedar desempleado, a no disponer de dinero y a la imposibilidad de ser empleado nuevamente. Liberman centra la hipótesis de su trabajo en el hecho de que, los malestares vividos por los pacientes, alrededor de la economía y la productividad, señalan la presencia de un elemento perturbador de la salud mental, diferente a aquel que está referido a la psicosexualidad. Sostiene, que la persona desempleada es víctima de una violencia, que pone en cuestión la validez de sus mecanismos de adaptación y supervivencia y que se diferencia del trauma individual sobrevenido en las relaciones dado que, la primera, es vivida en relación con el grupo social, que rechaza y excluye el sistema de producción común. (Ibíd.).

Liberman propone ubicar el desempleo en la lista de las nuevas patologías de la postmodernidad, en la misma escala que enfermedades como la anorexia o la bulimia; y, el objetivo del análisis clínico, debe centrarse en el reestablecimiento del carácter social del desocupado, reintegrándolo a la matriz de relaciones y dándole oportunidad para dialogar sobre su experiencia “deshumanizante”. (Ibid.).

Por último, el investigador se adentra en el tema del discurso productivo, preguntándose en qué medida el discurso de la productividad y del estatus social ejercen una influencia estructurante en los individuos, al transmitirles el mensaje de que sólo aquellos que son económicamente activos adquirirán un lugar dentro del entramado social; proponiendo como tarea futura la resolución de esta cuestión. (Ibid.).

2.4. CONSIDERACIONES FINALES

Es posible señalar que la aparición del fenómeno del desempleo se debe a la aparición de la sociedad industrial y que, no es sino hasta finales del siglo XIX que se desvincula del problema de la pobreza. Las condiciones infrahumanas a las que se vieron sometidos muchos trabajadores, debido a la falta de una legislación coherente que protegiera sus derechos en el juego de la oferta y la demanda, jugó un papel esencial en la elaboración de nuevas ideas. Así pues, surge el famoso concepto de la plusvalía, de Marx, basado en el hecho de que, al producir, el obrero transforma su fuerza de trabajo en mercancía. (Bermundo, J., 1983: 50-58). Con la gran depresión de los años 30, los científicos se percatan de que el problema del desempleo no sólo implicaba a las ciencias económicas y sociales. (Álvaro, 1989: 25; 1973: 24; 1979: 672).

A través de los diferentes estudios que, en la actualidad, relacionaron el problema del empleo, el desempleo y la salud, se puede inferir que la actividad laboral es fundamental para

el desarrollo saludable de la vida de un individuo pues, además de proporcionarle los ingresos económicos necesarios para la cubrir sus necesidades básicas, constituye una actividad capaz de ofrecerle un alto nivel de satisfacción, al facilitar el desgaste de energías mentales o físicas. Por otra parte, permite distinguir los períodos de tiempo destinados al descanso y al ocio; facilita el desarrollo de la expresión creativa del individuo, generándole un sentimiento de logro y dominio de una parte del ambiente; le ofrece un estatus social, permitiéndole interactuar, crear vínculos con otros miembros de su comunidad y sentirse útil. (Smith, 1987; Westcott, G. y cols., 1985; OMS, 1987; Cullen y cols., 1987).

Es por ello que la situación de desempleo o desocupación puede ser determinante de un nivel de salud precario, o favorecer a su deterioro, toda vez que produce una reducción importante de los ingresos económicos del individuo, el cual, se ve privado del estatus social que le garantizaba su empleo; afecta las relaciones con su familia y su grupo social; restringe las metas y aspiraciones profesionales; disminuye su capacidad de participación en la toma de decisiones así como sus habilidades profesionales; lo expone a una situación psicológicamente desestabilizadora, generándole un incremento de inseguridad, estrés y sentimientos negativos. (Ibíd.).

Se trata de un problema capaz de producir graves consecuencias sociales y que ha llamado la atención del mundo científico, el cual se esmera en proponer soluciones en caminadas a la elaboración de políticas concretas, que puedan atender de manera oportuna y correcta a aquellos que se ven afectados por la crisis del mercado laboral, especialmente para el caso de aquellos que se ven afectados por el fenómeno del desempleo por largo tiempo y del empleo precario. No obstante, la magnitud en cuanto a la gravedad de las consecuencias dependerá de la puesta en juego de diversas variables, entre las cuales destacan: el estatus socioeconómico, el género del individuo y el apoyo recibido por parte del grupo familiar y social en el que interactúa. Variables éstas que a continuación se estudian.